

RESEÑA / REVIEW

RECIBIDO / RECEIVED

27 de enero de
2026

ACEPTADO /
ACCEPTED

13 de marzo de
2026

PÁGINAS / PAGES

De la 193
a la 198

ISSN / ISSN

2386-2912

Autor / Author

KIRK, Russell

CEU Ediciones, Madrid, 2025

La política de la prudencia

Lo primero que hay que señalar de esta obra es que consiste en un innegable esfuerzo por pensar la realidad social y política desde las claves que dan forma a la persona y a la comunidad. Todo lo demás (economía, educación, relaciones internacionales, organización del Estado...) se analiza y considera desde esos principios innegables e innegociables. Solo de esa manera se puede entender bien la propuesta prudencial que el conocido pensador Russell Kirk esboza en estas páginas, que con toda razón podemos considerar su legado intelectual al ser la última obra que publicó poco tiempo antes de su fallecimiento en 1993.

Aunque han pasado más de tres décadas desde entonces, salvo algunas apreciaciones muy pegadas al momento concreto en que fueron escritas —o pronunciadas, ya que el origen de estos dieciocho capítulos es una serie de conferencias que a lo largo de cinco años impartió en la Heritage Foundation— los análisis son de una actualidad y clarividencia que las convierten en plenamente actuales y oportunas. La situación geopolítica actual puede distar mucho en ciertos aspectos de lo que tras la caída del Muro y el colapso del bloque de los países del otro lado del Telón de Acero podía atisbarse. Pero lo certero de muchas de sus predicciones, avisos y consejos corrobora el acierto en el diagnóstico sobre el origen y causa de los problemas.

Es de agradecer al Centro de Estudios, Formación y Análisis Social (CEFAS) de la Universidad CEU San Pablo (dirigido por el catedrático Elio Gallego) que haya puesto a disposición de los lectores de lengua española este texto, magníficamente traducido por Aurora Pimentel Egea. La introducción de Lucía Vallejo ofrece un cuidadoso perfil del autor y un impecable resumen del hilo conductor de su pensamiento que permite aprovechar mejor la lectura y el estudio del volumen. Como en él se señala:

«Para Kirk, la solución no se encuentra en lo que resulte exclusivamente pragmático o funcional, sino en lo que sea verdadero; una respuesta que sea en orden al ser y a la gracia. En este sentido, solo una sociedad que retorne a sus principios originarios puede superar el estado de decadencia. El propósito de Kirk en la presente obra es trazar una senda luminosa que conduzca a una respuesta duradera, válida en cualquier tiempo y lugar y capaz de hacer frente a los desafíos de cada época a través de unos principios inmutables» (p.13).

Se une este volumen clave en el pensamiento del autor, entre otros, a los ya traducidos hace un par de décadas *La mentalidad conservadora* y *Un programa para conservadores*. Nos ofrece un documento de excepcional valor porque permite tomar distancia de lo inmediato para leerlo desde la clave prudencial, eje de la sabiduría práctica desde el origen de su formulación por Aristóteles. La política de la prudencia podría considerarse, en este sentido, casi un pleonismo, pues no debería poderse hablar de la política desde ninguna otra clave. Ahora bien, el combate ideológico de los últimos siglos que Kirk desgrana con toda agudeza y precisión ha llevado la política al campo de lo pragmático y funcional, en una clave materialista que ha dejado de lado lo verdadero.

Otra de las virtudes que es preciso destacar de este libro es su coherencia y perfecta trabazón interna. Cada capítulo puede leerse con mucho provecho de forma independiente de los otros, pues los fundamentos teóricos para el análisis a partir de los que procede el autor muestran siempre su fecundidad y la variedad de expresiones concretas. No hay afirmaciones improvisadas ni inconexas, sino que el lector puede trazar el mapa teórico con toda nitidez yendo de lo particular a lo general y de esto a sus ramificaciones sin saltos extraños. Al mismo tiempo, el texto mantiene la frescura del lenguaje dinámico propio de las conferencias en las que tiene su origen —dirigidas a un auditorio formado principalmente por jóvenes universitarios—, sin perder por ello nada del rigor y precisión que se esperan de un intelectual de la talla de Russell Kirk. Tampoco encontrará el lector un farragoso despliegue de citas y aparato crítico, lo que permite una ágil lectura, aunque hay citas de conocidos filósofos y pensadores de la tradición conservadora, pero tan oportunas que el autor las hace suyas y se integran en el texto perfectamente. Esto me permite apuntar otra característica del documento muy destacable: el elenco de autores referidos. Sin duda los más mencionados son Edmund Burke y Alexis de Tocqueville, pero también tienen un capítulo propio T.S. Eliot (el sexto, para hablar de su política), Donald Davidson (séptimo: acerca del conservadurismo sureño), Wilhelm Röpke (el octavo, para exponer su elaboración de una economía humana) o Malcolm Muggeridge (el noveno) como crítico de la mentalidad liberal. Encontramos también otros dos capítulos dedicados a exponer sus referentes en el pensamiento conservador: el cuarto, titulado «Diez libros conservadores» y el quinto, «Diez conservadores ejemplares».

El libro sirve, por tanto, como una estupenda guía de lectura y un compendio enciclopédico de todo lo que un estudioso ha de conocer, leer, estudiar y asimilar. No es un manual de consignas ni un argumentario fácil, que parece ser las únicas lecturas que manejan nuestros políticos, sino una invitación a la formación y a la reflexión. La mayoría de los ejemplos y situaciones sociales y políticas a las que alude pertenecen a la realidad de los Estados Unidos. Lejos de ser una limitación supone un claro ejemplo del discernimiento prudencial al que invita la obra. Por otro lado, salvando las particularidades propias de cada nación, no son cuestiones tan distantes de las que afrontamos en Europa en general y en España en particular. Corresponde al avisado lector hacer la traslación al momento presente y al caso concreto de nuestra patria, algo que facilita y posibilita la forma misma de analizar y argumentar del autor.

Además de los capítulos ya citados tengo que destacar aquellos otros más temáticos. Los tres primeros, más expositivos de los principios («Los errores de la ideología», «Diez principios conservadores» y «la causa conservadora: diez acontecimientos»); o aquellos dedicados a arrojar luz desde esos principios sobre cuestiones de la vida pública: «Los conservadores culturales»; «Hacia una política exterior prudente»; «El Estado Behemoth: la centralización»; «Cultivar la tierra baldía de la educación» o «Perspectivas para el proletariado».

En el breve espacio del que dispongo para esta reseña no puedo dar cuenta detallada de todos los contenidos. Me limitaré a entresacar algunos de los pasajes que considero particularmente brillantes u oportunos para el momento presente.

Así, en el primer capítulo señala los tres principales vicios de cualquier ideología, entendida con palabras de Kenneth Minogue como «cualquier doctrina que presente la verdad oculta y salvadora sobre el mundo en forma de análisis social» (p.35). Así, toda ideología se presenta como una «religión invertida» pues niega la doctrina cristiana de la salvación; «hace imposible el compromiso político» pues se presenta como una revelación de la que no cabe la discrepancia; y, finalmente, todos los ideólogos «rivalizan entre sí en la supuesta fidelidad a su verdad absoluta» (p.36) por lo que es imposible la discrepancia dentro del partido. Es evidente que el ejercicio de la prudencia política así es imposible, puesto que toda ideología se opone a la verdad y a la posibilidad de buscarla y encontrarla en lo político. Todo queda reducido a motivos económicos o intereses de clase. Particularmente lúcida es, en este sentido, la sentencia «una ideología inocente es algo tan improbable como un satanismo cristiano», de ahí que haya que plantear que «lo que forma las mentes y las conciencias de la nueva generación no son los cursos de civismo, sino el estudio de las humanidades» (p.39). Siguen luego unas muy oportunas consideraciones sobre el modo en que la prudencia política se contrapone a las ideologías, eje de todos los análisis del resto del libro, su verdadero legado.

Además de estas breves alusiones al contenido en general del libro, destacaré un par de puntos que, por su plena actualidad, me han parecido brillantes. A propósito del pensamiento económico de Röpke (capítulo octavo) es imposible no recordar a ese otro gran economista, Schumacher, que hablaba de una economía «como si las personas contaran para algo», o de Chesterton —el distributismo que elaboró junto con Hillaire Belloc— cuando afirmaba que cuando quería estudiar la pobreza hablaba con los expertos, esto es, con los pobres:

«Röpke fue el convencido defensor de una economía humana, es decir, de un sistema económico adaptado a la naturaleza humana y a una escala humana de la sociedad, en contraposición a los sistemas que, basados en una producción masiva, no consideran las contraproducentes consecuencias personales o sociales» (p.175).

Y es que no le falta razón a Kirk cuando destaca esa crítica de Röpke a cómo nuestro tiempo supone una amenaza para la civilización por su «culto a lo colosal» (p.178) y por el empeño en tratar la economía como una abstracción: «una economía obsesionada por un supuesto Producto Nacional Bruto —no importa lo que se produzca ni cómo— se vuelve inhumana». (p.183) La aplicación que hace a la decadencia de las ciudades americanas como Detroit (que aparece, con nuevos matices, en diversos capítulos como en el XV o el XVII) es brillante y demoledora y ahí se ve lo que sucede cuando empresarios, políticos, urbanistas, arquitectos y funcionarios diseñan sus intervenciones en las ciudades pensando solo en su parcela particular interesada y no en las personas y comunidades a las que, supuestamente, sirven.

En el capítulo XIII, los conservadores culturales, destacan muchas páginas. Me limitaré a resumir aquí las seis etapas que Kirk —siguiendo la obra de C. Northcote Parkinson— que históricamente siguen todas las civilizaciones en su camino a la disolución. A treinta años de esta conferencia, juzgue el lector si las ve identificadas o no: «una centralización política excesiva», «el desmesurado crecimiento de la fiscalidad», «el crecimiento de un sistema de administración hipertrofiado», «la promoción de las personas inadecuadas», «el ansia de gastar más de la cuenta» y, por último, «un endeble sentimentalismo que debilita las mentes y las voluntades de una gran parte de la población de una nación» (pp.280-281). Aunque, concluye, rotundo, a estas seis etapas, «verdades muy duras», hay que añadir la causa principal que enuncia citando a Solzhenitsyn: «los hombres se han olvidado de Dios, por eso ha ocurrido todo esto» (p.282), porque el origen de toda cultura es el culto, la dimensión religiosa.

Una mención merece el final del libro. El capítulo XVIII es una oda a la democracia, pero no a su perversión, que denomina «democratismo». Porque la democracia no es una ideología, esto es, una filosofía política, sino una «condición social que puede tener consecuencias políticas» (p.376). Porque una democracia convertida en abstracción puede ser útil como procedimiento, pero no como ideal moral, pues no puede representarlo. Distinción clave que recuerda la enseñanza del magisterio de Juan Pablo II o de Benedicto XVI que afirmaban que una democracia que no se funde en principios innegociables se convierte en tiranía:

«En el siglo XXI la palabra “democracia”, gritada como un eslogan ideológico, seguirá resonando por todo el mundo; pero entonces será difícil descubrir algo que se parezca a una auténtica democracia como forma política, quizás incluso en Europa. De una forma u otra, sin embargo, la democracia estadounidense probablemente perdure. Que sobreviva como una forma política de amistad, o como una seudoreligión que enmascara apetitos decadentes, dependerá de las convicciones morales del pueblo estadounidense» (p.388).

La tarea política hoy está en restaurar esos principios que dan solidez a cualquier forma humana de convivencia en la que el respeto por la dignidad humana, la ley inspirada en su defensa y la justicia garantizan la verdadera libertad. El autor podía haber concluido el volumen con la sentencia que aplicó a otro de sus ensayos: «Predico contra la ideología, me esfuerzo en recuperar los principios y, como Demóstenes, suplico a mis conciudadanos que sean conscientes de la situación».

José Ángel Agejas Esteban

Universidad Francisco de Vitoria

